Votación en la N.U.

LA votación antichilena en la Comisión de Derechos Humanos de la NU, aunque prevista, subraya, de todas maneras, algunas verdades amargas, que es preciso poner de relieve hoy —en las horas internacionales difíciles— para no olvidarlas mañana, cuando el panorama exterior se aclare.

Subraya, en primer término, la monumental hipocresía que se ha enseñoreado de las Naciones Unidas y que permite a países como la URSS y sus satélites, Cuba inclusive, juzgar y resolver si en otras naciones se respetan o no los derechos humanos.

Es esta hipocresía la que ha ido desprestigiando progresivamente a la NU y a sus organizaciones filiales, desprestigio que nuestra política internacional deberá tener muy en cuenta en el futuro.

Y la misma hipocresía daba pie a los países amigos de Chile para rechazar su condenación. Si el representante de Arabia Saudita —Estado con el cual nuestros vínculos han sido muy tenues— tuvo la entereza de observar que la NU pretendía interferir en la política interna de Chile y que éste era el chivo expiatorio de una campaña comunista. . ., ¿cuánto más se podía y debía esperar de naciones tradicionalmente unidas a la nuestra? ¿De naciones que tienen con nosotros comunidad de origen, cultura e idioma; o que se han beneficiado inmensamente con nuestro comercio y recursos naturales; o cuyos hijos han sido acogidos en Chile con los brazos abiertos?

Los países que, pese a todo esto, por debilidad demagógica, influencia comunista o maniobras de su política interna o externa, han sacrificado a Chile en la votación de la NU, **no son nuestros amigos.** A ello deben atenerse. El nuestro es un país pequeño y hostilizado, pero orgulloso y paciente. Y en el mundo de hoy no existen amigos ni enemigos pequeños.

En seguida, los procedimientos de la NU enfatizan hasta qué punto había motivos para no permitir el ingreso a nuestro territorio del "grupo de trabajo ad hoc" del organismo internacional.

Ahora resulta evidente que este grupo, y la NU en general, tenían a Chile condenado de antemano, cualquiera que fuese el saldo de la "investigación"; ella, en cambio, hubiera sido falsamente autentificada con la visita a Chile de sus encargados. Por fortuna, la mala fe de la maniobra fue percibida a tiempo y se consiguió frustrar ésta.

Por último, aparece claro que el comunismo soviético sigue impulsando a velas desplegadas su "operación Chile", destinada a aislarnos internacionalmente como paso previo a recuperar el poder aquí perdido el 11 de septiembre de 1973. Y que el



caballo de batalla de la "operación Chile" continúa siendo el tema de los derechos humanos. Ello nos obliga, por una parte, a adecuar nuestra política externa a esa realidad, buscando la estrategia y medios más adecuados para desbaratar la "operación Chile", y por la otra, a ser especialmente cuidadosos en solucionar los problemas de derechos humanos subsistentes en el país y que —magnificados y desfigurados— son el "leitmotiv" de aquella campaña. Cualquiera detención injustificada o ignorada por los familiares del detenido, cualquiera desaparición, cualquier apremio físico o sicológico indebido, no son sólo reprobables jurídica y moralmente; además, son sendas armas puestas en las manos de los enemigos de Chile

UN EPISODIO QUE DURO DOS SEMANAS

En nuestra edición anterior alcanzamos a dar cuenta de la crítica formulada por Jaime Guzmán, el 7 de este mes, en uno de los comentarios que habitualmente realiza por Televisión Nacional, a la declaración del Departamento de Opinión Pública del Arzobispado de Santiago hecha el 5 de noviembre. En ésta, aparte de reprobar toda acción violentista o de cooperación a la violencia, "debidamente comprobada", de sacerdotes o laicos católicos, se pedía comprensión para la "indiscriminada misericordia" con que debían actuar quienes brindaban "los auxilios elementales para la preservación de la vida" a aquellos que los requerían "cualesquiera que fuesen sus opciones políticas".

La intervención de Jaime Guzmán, cuyos párrafos principales citamos, fue interpretada por altas autoridades eclesiásticas como un intento de contraponer las opiniones del Departamento de Opinión Pública del Arzobispado al Bando del general Garay sobre la responsabilidad de quienes encubrieran a los extremistas.

El día 13, Jaime Guzmán, sin contestar los ataques a su persona, declaró que el sentido de sus palabras había sido desvirtuado, reiteró su adhesión a la Iglesia y su Jerarquía, hizo un llamado a la moderación y se dio por satisfecho con que quedara en claro que una cosa es el "auxilio" y otra el encubrimiento de un delito. De paso lamentó la "menor misericordia" con que a él mismo se le había juzgado. El mismo día el Arzobispado manifestó su "aprecio" por la declaración de Guzmán y coincidió en pedir unidad entre los creyentes.

Quien tal vez sintetizó mejor los efectos que provocaron las acusaciones de connivencia con el extremismo de algunos religiosos —y que originaron esa secuencia de declaraciones— fue el Arzobispo de Antofagasta, Mons. Carlos Oviedo. "La gran mayoría ha quedado desconcertada", dijo. Pero "la Iglesia es una comunidad inmensa" respecto a la que no se puede generalizar la actitud de unos pocos. En el Episcopado no existe uniformidad, pero sí unidad, y el Presidente ha hecho bien en ser "objetivo y sereno" respecto a la Iglesia y a acontecimientos que son sólo "un episodio".

HERMOGENES PEREZ DE ARCE

No olvidaremos...



¡QUE razonable e imparcial el discurso del embajador norteamericano Moynihan ante la Tercera Comisión de las Naciones Unidas! Señaló circunstanciadamente las razones por las cuales la acusación contra Chile era discriminatoria e injusta. Citó testimonios de instituciones tan respetadas en los EE.UU. como la "Casa de la Libertad", la cual ha señalado que si bien en Chile hay restricción de las libertades personales, éstas se respetan en mayor medida que en numerosos otros países; de personalidades como Milton Friedman, quien públicamente declaró haber dado en Chile conferencias universitarias, en que criticó la falta de libertades políticas, pero reconoció haber podido emitir sus juicios sin ninguna clase de censura; de la revista británica "The Economist", acerca de los fundamentos de autodefensa del estado de sitio y de la restricción de los derechos políticos. Recordó Moynihan que no menos de dieciséis países, entre los acusadores de Chile, desconocen los derechos humanos en mayor medida que Chile. Añadió que si bien nuestro Gobierno no había admitido a la Comisión presidida por el señor Allana, ningún otro país antes había tolerado inspecciones de esa índole. Pero después de su brillante discurso votó para que se condenara a nuestro país, poniendo un broche de oro a la tenaz, multimillonaria y despiadada campaña soviética, destinada a perseguir a la única nación que, habiendo ingresado a su órbita como satélite, logró escapar de ella por sus propios medios.

DEBO decir que creo en el imperio de las libertades públicas amplias y en el régimen democrático, pero sería torpe y ciego si no tuviera conciencia de que su consagración irrestricta en este momento en nuestro país significaría sembrar en él la muerte y la destrucción.

En efecto, Chile se encuentra enfrentado a la agresión de una superpotencia que envía armamentos, recursos y pertrechos para desatar aquí una guerra fratricida y un sangriento terrorismo. ¿Es que nadie conoce en el exterior los constantes hallazgos de depósitos de armas y guaridas extremistas? ¿Es que se ignora que noche a noche Radio Moscú llama a la guerra civil en Chile?

Hasta hace poco yo mismo recibía información del propio MIR dando cuenta de sus sangrientas fechorías, evidencia toda que proporcioné personalmente a la Comisión que preside el señor Allana. Pero al leer su informe he comprobado cómo el suyo es un tribunal que prevarica y oculta evidencia, porque declara que no hay "ningún antecedente" de resistencia armada contra el Gobierno chileno. Las ametralladoras .30, los fusiles rusos AKA y los lanzacohetes están ahí, pero para las Naciones Unidas no existen. Entonces debo preguntarme: ¿cuántos muertos diarios tendríamos que lamentar si no se ejercitara acá una acentuada vigilancia?

TAL vez si se derramara la sangre de centenares o miles de personas, como en países azotados por la guerrilla, se consideraría que acá se respetan los derechos humanos. Tal vez si los extremistas tuvieran amplia libertad para organizarse, detonar bombas y asesinar, recibiríamos el visto bueno de los Estados Unidos, de la República Federal de Alemania y de otros países "amigos" que tan buenos argumentos dieron a favor de Chile, pero que, a la hora de la decisión, votaron con nuestros agresores o con esos adalides de la democracia, que son los Idi Amin o los Fidel Castro.

Somos muchos los chilenos que no vamos a olvidar que quienes debieron comprender mejor que nadie nuestra situación, y ayudarnos en esta hora, no vacilaron en volver el pulgar hacia abajo y en escoger el camino pusilánime, fácil y desleal de congraciarse con nuestro poderoso agresor.